

Carlos Lantos

por Miguel Borrueal



Me encontraba eufórico estrenando mi diploma de Médico otorgado por la UBA a fines de 1965. Un título logrado por una sumatoria de esfuerzos y ayudas, dado que para costearme la carrera tuve que trabajar en múltiples actividades, no solamente para mantenerme sino también para atender la economía de mi reciente casamiento.

Me encontraba entonces en la plenitud de ese estado de satisfacción cuando escuché un consejo sabio de un maestro de semiología clínica y sagaz cardiólogo que me dijo en tono de sentencia inapelable: "Ahora tiene un título profesional. Tendrá que elegir entre dedicarse de lleno a la medicina asistencial o aprovechar la única oportunidad que tendrá en su vida de adentrarse en el terreno de la investigación básica, aunque sea por unos años, pues será el complemento fundamental que necesita para aprender a pensar, modelando su mente con el rigor del método científico. Usted debe elegir".

Aquellas palabras del Dr. Salvador Más me sacudieron y me volvieron a la realidad y, sin alcanzar a comprender totalmente el significado de lo que pretendió advertirme aquel sabio maestro de la Medicina ya para ese entonces mi suegro, comprendí que mi etapa de aprendizaje no había terminado sino que estaba por comenzar otro nuevo

capítulo que desconocía totalmente.

Orientado por las consultas realizadas, tuve una muy cordial entrevista por parte del Dr. Juan Tramezzani, director del Instituto de Neurobiología y Medicina Experimental que funcionaba en un edificio en el barrio de Belgrano.

Me aconsejaron que la mejor forma de adentrarme en el rigor de la investigación biológica era plantearme el desafío de trabajar en una tesis y para ello necesitaba contar con un tutor de mucha experiencia que me guiara, enseñara y aconsejara y posiblemente también me estimulara en los momentos donde las cosas no salen como uno pretende y sobreviene la frustración. El Dr. Tramezzani me presentó al Dr. Carlos Lantos, integrante de su equipo de investigadores, quien sería mi tutor y padrino de la futura tesis. ¡No pudo estar más acertada su intuición de conocedor de ciencia y conductas humanas en grupos de trabajo!

Desde ese momento, el Dr. Car-

los Lantos apeló a sus dotes de docente para enseñarme las primeras letras del abecedario de las ciencias y hacerme conocer el rigor de las premisas que contiene el método científico.

Carlos Lantos era ya el hombre que más sabía sobre esteroides, regulación homeostática, glándula suprarrenal y todo lo que comprendía el famoso eje hipotálamo, hipófisis, suprarrenal. Pero pronto me fue explicando que esos mecanismos novedosos no eran los únicos que regulaban la secreción de corticoides y que en los mecanismos del estrés tenía que haber otros caminos, aún no explicados, que de alguna manera operaban en forma rápida, directa y por proximidad y que para eso la naturaleza había dotado a la suprarrenal de los mamíferos de dos estructuras histológicamente muy diferenciadas, pero funcionalmente muy ligadas como lo son la médula y la corteza. Allí, Carlos Lantos me orientó para planificar su demostración en experiencias muy bien diseñadas que la adrenalina estimulaba por mecanismos novedosos y directos la liberación de esteroides.

En ese viejo edificio se concentraban las mentes más brillantes de la ciencia que trascendían las fronteras y valga para eso citar al Dr. Bernardo Houssay que a pesar de su avanzada edad seguía operando perros, al Dr. Federico Leloir que tra-

bajaba incansablemente y aun no sospechaba que en años venideros recibiría el máximo galardón. Todos rodeados por curiosos discípulos que poco tiempo después desollarían también en el mundo de las ciencias.

El Dr. Carlos Lantos tenía su mente muy ocupada intentando desentrañar los complejos mecanismos moleculares y enzimáticos que regulan la producción y acción de los corticoides naturales y ya nos adelantaba que las distintas estructuras moleculares en el espacio tenían que estar ligadas a distintas formas de comportamiento y acción.

El viejo Instituto de Neurobiología y Medicina Experimental era una caldera generadora de conocimientos. Allí numerosos becarios o jóvenes investigadores adquirían herramientas para liberar sus mentes creativas. Allí estaban muchos de los científicos que pocos años después serían las columnas más sólidas de la ciencia Argentina.

El Dr. Carlos Lantos ocupaba obsesivamente su tiempo en la investigación y en orientar sus ideas de avanzada en el terreno de la biología molecular, pero siempre estuvo a nuestro lado para enseñarnos, guiarnos, estimularnos y muchas veces contenernos en los momentos donde los experimentos no apoyaban nuestras hipótesis. Nos enseñó que las hipótesis no se abandonan, en todo

caso hay que planificar y controlar mejor los experimentos. Esa tenacidad para encontrar demostración de los andamiajes de las ideas construidas en el profundo pensamiento de la abstracción teórica constituye una característica fundamental de la mente de un científico.

Carlos Lantos tiene y tuvo siempre las máximas condiciones intelectuales para alcanzar metas científicas innovadoras pero también debo citar su exquisita sensibilidad humana, su generosidad, su humildad, su desprendimiento y su tiempo inagotable para guiar a muchas generaciones de jóvenes científicos que son orgullo para las Ciencias y para el país.

Carlos Lantos, como ya dije antes, era el referente del máximo conocimiento sobre esteroides y sus ideas de avanzada nos hacían prever que quedaba mucho por conocer en la biología molecular y la fisiología celular.

Finalizada exitosamente mi tesis "Acción de la adrenalina sobre la biosíntesis de esteroides", Carlos Lantos me estimuló para realizar un trabajo en terreno sobre la suprarrenal de un mamífero que tenía condiciones muy particulares de hábitat y adaptaciones fisiológicas y allí comenzaron nuestros trabajos incubando suprarrenales de la foca de Weddell en la Base Almirante Brown en la Antártida. La síntesis de este-

roides de este animal nos dejó sorprendidos, cuando la sagaz interpretación de Lantos permitió reconocer otras cualidades en la 18-hidrocortisona, con comportamiento de su acción no mediada por enzimas y las primeras hipótesis sobre su participación en el sorprendente condicionamiento fisiológico que le permite a la foca realizar prolongadas inmersiones en apnea.

Esto da inicio a una nueva etapa de investigaciones en que Carlos Lantos junto con sus discípulos y colaboradores se abocan al estudio químico y fisiológico de la sorprendente molécula de la 18-hidrocortisona, tema que aun en la actualidad lo encuentra en plena actividad.

Escribir una semblanza sobre el Dr. Carlos Lantos es una tarea que me llena de orgullo y satisfacción, por darme la oportunidad de destacar públicamente su valor científico y humano y mi gratitud por sus enseñanzas que modularon para siempre mi mente y mi espíritu pero me hace sentir en deuda con la gran cantidad de científicos que se formaron con su tutela, por lo que va mi reconocimiento para todos ellos, que en silencio en esta oportunidad, tienen sin embargo muchísimas y muy variadas experiencias para aportar sobre la riqueza de la vida humana y científica de Carlos Lantos.